



El final de la sumisión

Jeffrey Rothschild

Él es el que atrae y el atraído, Él es el buscador y lo buscado, esto le murmuraba en nuestro círculo el loco al loco.

Dr. Javad Nurbakhsh



En el momento en que despertó, supo que la alfombra había desaparecido, incluso antes de abrir sus ojos. Así que no le sorprendió cuando se sentó y vio el lugar vacío en el suelo. Durante más de cuarenta años, había tenido la alfombra con él. Miró a la ventana abierta en la que el viento apartaba las cortinas comidas por el sol, dando paso en la habitación a los primeros rayos del sol, y supo que por ahí debía haber penetrado el ladrón.

Después de vestirse, salió de casa y se encaminó por las sucias calles de la ciudad dirigiéndose al *jānaqāh* siguiendo su camino habitual cruzando el bazar. Allí, en la puerta de la tienda de un mercader, vio a dos hombres discutiendo. Cuando pasó a su lado, uno de ellos estaba desenrollando una alfombra y se la mostraba al otro. Reconoció inmediatamente los dibujos tejidos en ella: los cuencos y las hachas cruzadas en las esquinas y en el centro el retrato del maestro cuyo nombre llevaba la Orden.

El hombre que sostenía ahora la alfombra repetía, negando lentamente con su cabeza: «De ninguna manera; no, no lo puedo hacer».

«Pero mira la artesanía con que está hecha, la calidad de los materiales. Te lo digo, es una alfombra valiosa».

«Y yo te digo que no puedo comprártela de ningún

modo si no me das una prueba de que es tuya. No me puedo arriesgar a que me pillen vendiendo mercancía robada».

«¿Robada?, me insultas pensando de ese manera».

«Además, mira aquí. Puedes ver dónde se rompió y ha sido reparada».

El hombre exclamó incrédulo: «¿Dónde dices?». El mercader señaló con su dedo un punto en el borde de la alfombra.

«Aquí. Aunque la arregló un experto, debo admitirlo; un trabajo hecho por un buen artesano. Si tan solo pudiera asegurarme de que la alfombra es tuya, podría pasar por alto este pequeño fallo».

El ladrón sabía que debía decir algo rápidamente para convencer al mercader, pero de ningún modo se le ocurría nada.

«Permítanme, quizás pueda ayudar». Se adelantó unos pasos y estrechó la mano del mercader. «No pude evitar escuchar su conversación. Puedo atestiguar sin ninguna duda que la alfombra en cuestión pertenece a este hombre».

El mercader asintió satisfecho y se volvió al hombre que llevaba la alfombra. «Acepto entonces tu oferta si





Obra del pintor contemporáneo Ali Esfarjani (Irán-Esfahan), inspirada en el poema de Hāfez:

*¡Oh Copera!, pásame la copa del vino que nadie conoce
[el destino] que nos trazó el Dibujante invisible tras el velo de los secretos.*

sigues queriendo vender».

Seguro de haber convencido al mercader, se retiró, no sin echar primero una mirada al hombre que sostenía la alfombra, cuya expresión revelaba una mezcla de asombro y de confusión que intentaba ocultar por todos los medios. Luego se dirigió hacia el *jānaqāh*.

Cogiendo su bolsa, el mercader tomó algunas monedas de oro y se las dio al ladrón que aceptó el dinero y le entregó la alfombra.

Este preguntó al mercader, intentando parecer natural: «¿Puedes decirme por qué has aceptado tan fácilmente el testimonio de ese hombre?».

«¿Él? Es el *sheij* de un *jānaqāh* cercano y es reconocido por su honradez. Su palabra es tan fidedigna como la de los santos».

El ladrón miró al mercader con una gran sonrisa sin terminar de creer en su buena suerte. Riéndose por dentro al pensar en la realidad del asunto, contestó: «Sí, ya veo, tan fidedigna como la de los santos».

* * *

Comenzó con una pregunta.

Pero no era una pregunta para la que esperara respuesta. Sabía que mi padre no podría contestarme. Preguntarle, por supuesto, no era muy amable, por decirlo de alguna manera. El Islam ocupaba una parte importante de su vida, probablemente la más importante, y estaba seguro que le molestaría mi interelación.

Empecé inocentemente.

Un día, al volver de la escuela, le dije: «Ya sé que Islam significa sumisión. Me lo has explicado muchas veces. Pero dime, qué significa sumisión?». No era que tuviera dudas sobre la religión, ni que quisiera burlarme. Se trataba tan sólo de que sabía que tenía que existir algo debajo de lo que la mayor parte de gente creía, algo más profundo.

Mi padre me respondió severamente: «¿No te enseñan nada en la escuela? La sumisión significa que aceptas lo que Dios te ordena, sea lo que sea, y que confías plenamente en Él, sabiendo que Él sabe todo mejor».

«Pero, ¿no es Todopoderoso Dios?»

«Sí, por supuesto».

«Y nada puede suceder sin que Él lo quiera, no?»

«Es cierto».

«Por lo tanto, todo debe someterse a Él, quiera o no quiera. ¿Y entonces, qué significa la sumisión?»

Le llevó unos instantes darse cuenta de que no tenía respuesta a mi pregunta. Pude ver la frustración en su cara.

Finalmente replicó: «Eso no es más que una serie de palabras fruto de tu mente»; y salió de la habitación con un enfado silencioso. Nunca volvimos a discutir de este asunto.

Pocos meses después, me encontraba fuera de la mezquita tras las oraciones del viernes. Al otro lado de la calle había un viejo mendigo con una túnica andrajosa que hablaba a un grupito de personas. Sin saber muy bien por qué, decidí ir a ver. Teniendo en cuenta cómo pensaba en aquel momento, fue probablemente con la esperanza de enredarle con sus propias palabras.

Como lo había imaginado, estaba pronunciando un sermón sobre la importancia de la fe, dirigiéndose a las personas allí reunidas. Le escuché durante un rato y, poco a poco, fui sintiendo a regañadientes una cierta admiración por su dominio en la interpretación de la religión. Él debió de notar algo en mí porque después de acabar su charla, se volvió hacia mí.

«Estoy seguro de que quieres preguntar algo, joven. ¿No es cierto? Puedo verlo en tu cara».

No creo que hubiera tenido la intención de preguntármelo cuando me dirigí allí, pero después de preguntármelo de esa manera no pude resistirme.

«Así es. Quizá pueda contestarme a esto». Y le repetí la paradoja sobre la sumisión con la cual había desconcertado a mi padre. El anciano dudó durante un momento después de escuchar el dilema, y estaba seguro de que tampoco tendría una respuesta. Pero en ese momento comenzó a hablar y continuó hablando

sin hacer ni una pausa para ordenar sus pensamientos.

«Imagina a dos hombres en una cárcel que han sido condenados por Dios a morir y que están esperando a ser ejecutados. Suceda lo que suceda, es la Voluntad de Dios que ambos hombres sean ajusticiados. No hay ninguna duda de que deben someterse a Su mandato».

Uno de ellos, sin embargo, ocupa en vano su tiempo tratando de encontrar un medio para escapar de la prisión, para conseguir un indulto o incluso para demorar el momento de morir. Y cuando llega el momento de ser ejecutado, llora, se queja y suplica el perdón. Y cuando, finalmente, se da cuenta de que todos sus esfuerzos han sido inútiles, da patadas desesperadamente y lucha con los guardas que le llevan al cadalso.

El otro hombre sabe que no puede impedir el final que ha sido determinado para él y lo acepta totalmente. Resignado a morir, alcanza la paz del corazón y se tranquiliza. Cuando le llega la hora de ser ejecutado, no llora ni lucha con los guardias.

Este es el significado de la sumisión. En cualquier caso, la Voluntad de Dios respecto a la ejecución de los hombres se va a llevar a cabo. La sumisión o la falta de sumisión no afecta en absoluto la certeza de esa Voluntad. Sin embargo, el que se rindan o no a esa Voluntad los afecta directamente. En el segundo caso, el hombre está en armonía con la Voluntad de Dios; en el primero, está en discordancia. Esa es la diferencia».

Cuando me alejé, era yo el que no tenía respuesta, no el mendigo. Estuve semanas dándole vueltas a su discurso hasta que un día me percaté de dónde fallaba su respuesta. En esa historia, la Voluntad de Dios abarcaba no sólo la ejecución de los dos prisioneros, sino también la prisión y todo lo relacionado con ella. Dios no era sólo el guardián de la prisión, era su creador. Todo era de Dios, todo era una manifestación Suya: la prisión, los guardias, los prisioneros. Todo existía por Su Voluntad. Así pues, la Voluntad de Dios determinaba no sólo que ambos prisioneros fueran ejecutados, sino cómo iba a

reaccionar cada uno al ser ejecutados. Esto es, que el prisionero se rindiese y aceptase su ejecución, como el segundo, o que se rebelase y rechazara someterse, como el primero, también dependía de la Voluntad de Dios. Era solamente por la Voluntad de Dios por lo que el segundo hombre pudo aceptarlo como lo hizo, y el primer hombre nunca podría haberse resistido si Dios hubiese querido que fuera de otra forma.

Todo esto me llevó de nuevo a mi pregunta original. Quizá, me planteaba, el significado de sumisión era sencillamente que el prisionero se sometiera a la ilusión del libre albedrío, la ilusión de que tenía elección entre someterse o no. Pero incluso esto —someterse a la ilusión de someterse— tenía que ser determinado por la Voluntad de Dios y por lo tanto daba lo mismo. Comprendí que la conclusión ineludible era que no podía haber sumisión, ni rendición.

Este, para mí, no era un asunto baladí. Si toda la noción de sumisión no tenía significado, entonces, ¿qué significación tenía el Islam? Al principio, mis preguntas habían sido poco menos que juegos mentales. Pero ahora mi mente me llevaba a adentrarme más y más en un territorio ignoto, un pantano peligroso del que no encontraba la salida.

Aquella noche, no dormí bien. Antes del amanecer tuve un sueño. Estaba de viaje, alojado en una posada confortable. Era por la mañana y andaba buscando a alguien o algo en la posada. Lo siguiente que me sucedió es que estaba solo, en medio del desierto. Según me adentraba más y más profundamente en el desierto, bajo un sol abrasador, una voz en mi cabeza, repetía y repetía sin cesar: «No hay sumisión». Finalmente, no pude avanzar más y caí en la arena; y la voz seguía repitiendo: «No hay sumisión».

No sé durante cuanto tiempo permanecí en la arena, pero cuando miré hacia arriba un hombre estaba de pie delante de mí. Llevaba sobre sus hombros un chal de oración por encima de su túnica de lana y en su cabeza llevaba el turbante de los hombres de religión. Una nutrida

barba cubría la mayor parte de su cara, pero sus ojos ligeramente rasgados brillaban con una luz que me cautivaba. Ya no estaba en el desierto, me habían transportado a otro lugar desconocido. Con la mirada puesta en esos ojos, no pude resistirme y dejé escapar: «No hay sumisión».

El hombre, asintió con la cabeza, con una ligera sonrisa en sus labios.

Insistí, confuso: «¿Tiene algún significado la sumisión?».

Sus ojos refulgieron y replicó: «En última instancia, la sumisión significa la rendición de lo otro-que-Dios ante la presencia de Dios, sin ser consciente de la propia sumisión y contemplando todo el tiempo a Dios como el Agente de este acto».

Intenté que me lo explicara o al menos que me diera más información, pero fue demasiado tarde. Antes de que pudiera hablar, desapareció y me encontré de nuevo en el desierto bajo el sol abrasador. Recordé la posada y me entró el pánico: ¿cómo iba a regresar?

Y en ese instante, me desperté y vi que estaba en mi cama; el sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte.

Estaba tan alterado por el sueño que no pude volverme a dormir. Permanecí en cama durante un buen rato pensando en el sueño, repasándolo una y otra vez en mi mente. Era ya pleno día cuando salí de casa y comencé a vagar por las calles, desconcertado. No sabía adonde me dirigía; no tenía donde ir, de hecho. Lo único que quería era no estar conmigo.

Al cabo de un rato, comencé a serenarme. Decidí tomar un té y mientras estaba buscando un lugar apropiado me fijé en un par de hombres que se cruzaban en la acera de enfrente. En ese momento, un tercer hombre se asomó a la ventana y echó a la calle un jarrón lleno de cenizas, cubriendo con ellas a los dos hombres. Uno de ellos, vestido con un elegante traje de algodón blanco, comenzó a gritar y a maldecir, jurando que mataría al que le había hecho semejante cosa. Después de sacudirse de encima las cenizas, sin embargo, se alejó muy enfadado sin esperar.

El otro hombre, que llevaba una

túnica remendada, posó el bulto que transportaba y se arrodilló para rezar. En ese momento, el tercer hombre había bajado por las escaleras y salió a la calle. Buscó por todos lados al hombre que había estado gritando y quejándose pero no le encontró. Estaba a punto de volver a subir cuando se fijó en el hombre que rezaba en el suelo. Apresurándose sobre él, le limpió las cenizas de su túnica.

«Le ruego que me perdone. No tenía ninguna intención de cubrirle de cenizas. No miré antes de arrojarlas. Disculpe mi estupidez».

El hombre con la túnica remendada le sonrió y le contestó: «No necesita disculparse. En el momento en que sus cenizas cayeron sobre mi cabeza, estaba pensando en lo insignificante y desgraciado que era y que con toda seguridad merecía arder en el fuego del infierno. Así que me alegré muchísimo de que me correspondieran sólo las cenizas».

Intrigado por la respuesta del hombre y por lo tranquilo de su reacción, decidí seguirlo cuando marchó, con su bulto fuertemente sujeto bajo el brazo. Lo vi pararse delante de varias tiendas de alfombras, pero ninguna parecía satisfacerlo. De repente, llegó a una pequeña tienda en una de las áreas menos transitadas del bazar. Se quedó fuera durante un momento, como si tratara de percibir algo y después entró. Le seguí dentro de la tienda unos segundos después y permanecí de pie en un rincón echando un vistazo a alguna de las alfombras al tiempo que escuchaba.

Estaba explicando al encargado de la tienda: «He viajado un largo camino». Señaló al paquete en el suelo frente a él: «Esta alfombra es un regalo para mi maestro (*pir*) a quién voy a visitar. Durante el viaje, sin embargo, la alfombra se ha rasgado y necesito arreglarla de inmediato. ¿podría usted hacerlo?».

El encargado recogió el paquete y con cuidado le quitó las ataduras. Con manos de experto extendió la alfombra sobre el suelo.

En el momento que la vi, me quedé helado. En medio de la alfombra, tejido con todo detalle, había una réplica exacta del hombre de mi

sueño, exacta hasta en sus ojos. No había duda alguna.

El encargado le dijo al hombre: «Venga por aquí»; esto hizo volver mi atención a la habitación. Los dos desaparecieron en la trastienda y no volvieron a aparecer hasta pasado un tiempo. Cuando volvieron, el hombre al que había seguido llevaba de nuevo el paquete. Cuando estaba despidiéndose del encargado, me deslicé fuera de la tienda y le esperé, decidiendo seguirle. Podría ser que este *pir* suyo me explicase mi sueño.

Siguiéndole por las intrincadas calles de la ciudad, me sorprendió con qué seguridad recorría el camino. En varias ocasiones casi le pierdo, hasta que desapareció en un callejón entre paredes de piedra. Allí, se paró y llamó a una puerta que llevaba una placa metálica con un cuenco y dos hachas cruzadas. En ese momento, llegó otro hombre y se colocó detrás de él, esperando también. Decidí acercarme y unirme a ellos, aunque no sabía lo que les iba a decir.

Cuando se abrió la puerta, el hombre con la alfombra se adelantó y habló un momento con el portero. Se tomaron las manos, ambos besaron el dorso de la mano del otro y el hombre entró. El portero se volvió en ese momento hacia el otro hombre y le preguntó qué deseaba.

«Estoy aquí para ver al *pir*, tengo una cita. Mi nombre es Abu Hasan».

El portero dirigiéndose a mí, me preguntó: «¿Y usted?».

Decidí que lo mejor era decirle simplemente la verdad.

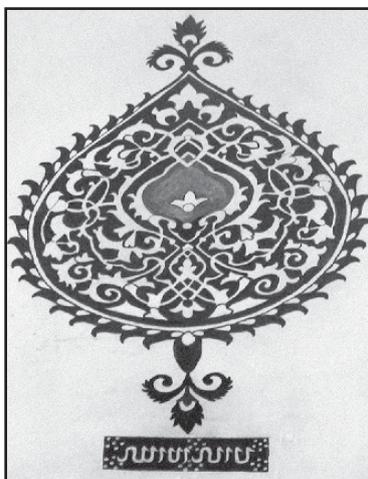
«No tengo cita, pero me gustaría hablar con el *pir* sobre un sueño que he tenido».

Tras dudar un momento, se apartó para dejarnos pasar a los dos. Dentro había una vegetación exuberante con flores de todos los colores que rodeaban un estanque alargado cubierto de azulejos. Nos llevaron al otro hombre y a mí a una pequeña habitación donde nos sentamos en el suelo y nos sirvieron té. Después transcurrió un largo tiempo. La otra persona se iba poniendo cada vez más nervioso y molesto.

Me dijo: «Soy un hombre importante; no me importa esperar

un poco, pero esto es inaceptable». Al rato, comenzó a pasearse arriba y abajo. Pasado un tiempo, la espera debió parecerle insoportable ya porque dejó de pasear, meneó la cabeza y, enfadado, abandonó la sala. Un poco más tarde, el portero vino para decirle que el maestro estaba dispuesto a recibirlo. Le expliqué lo que había sucedido, se encogió de hombros y me hizo una seña para que lo siguiera, diciendo que iba a ver si el maestro me podía recibir ahora a mí.

Me dejó esperando en un rincón del jardín, al lado de una pequeña habitación desde la que se veía el patio.



A la entrada, besó el suelo y luego me indicó que entrase. El *pir* estaba sentado sobre una piel de cordero entre pilas de papeles, manuscritos y libros.

«Siéntese». Señaló con el dedo un cojín en el suelo enfrente de él. Después de copiar algo de uno de los libros, levantó la vista hacia mí.

«¿Por qué ha venido aquí?»

No estaba seguro de cómo empezar. Era el sueño lo que realmente deseaba desentrañar, pero para que se entendiese eso, tenía primero que remontarme al principio y explicar todo mi dilema sobre la sumisión.

«Tengo una pregunta acerca de la sumisión. Esperaba hallar aquí la solución».

Debí decir lo adecuado, o eso al menos creo, porque asintió con la cabeza y me indicó que continuase. Le expliqué toda la situación. No podría decir su reacción, ni siquiera si me es-

ta escuchando, porque se mantuvo todo el rato con la cabeza agachada. Sin embargo, cuando llegué a la parte del sueño, la levantó. Se lo describí tan real como pude, pero otra vez perdió interés hasta que llegué al punto en el que el hombre del sueño parecía haber admitido mi tesis acerca de que no había sumisión, aunque me había dado luego su definición para ella. En ese momento, el *pir* alzó una mano para que me detuviera y me hizo repetir las palabras del hombre cuidadosamente.

Después que lo hube hecho, comenzó a revolver entre los papeles y manuscritos a su alrededor. Buscó en uno de los volúmenes hasta que halló lo que aparentemente deseaba.

«Este manuscrito contiene alguno de los escritos del maestro cuyo nombre lleva esta Orden en su honor».

Me pasó el manuscrito y señaló un lugar en la página.

«Lee esta línea».

Allí, palabra por palabra, estaba la definición de sumisión que me había sido dada en mi sueño.

El verlo allí escrito me conmovió tanto que durante unos pocos minutos no me pude centrar en nada; mi mente estaba totalmente en blanco.

Finalmente, conseguí preguntar: «¿Qué significa?».

«Ya sabes lo que significa. Al menos lo sabe tu mente, hasta donde esto es posible y valga para lo que valga».

«Pero mi mente me dice que la sumisión no tiene significado alguno. ¿Cómo puede entonces definirse?».

El *pir* soltó una carcajada al oír esto. «Déjame intentar exponer tu dilema de la forma más simple posible: si todo es Voluntad de Dios, ¿cómo puede entonces significar algo la sumisión? ¿Es así?».

Asentí.

«Dado que todo es una manifestación de Dios y está sometido a su Voluntad, lo único que puede significar la sumisión es que Dios mismo se somete a Dios. Pero esto es exactamente lo que dice la definición de sumisión en tu sueño. Observa, no existe “tú” en esa definición. “Tú” es solo la ilusión de lo “otro-que-Dios”

que se rinde a “la Presencia de Dios”. Y si no hay “tú” ¿quién está ahí para contemplar “tu” sumisión? El único Agente testigo de este acto de sumisión es Dios. Dios, en otras palabras, se somete a Dios».

Quería saber más, hacerle más preguntas, pero todavía no conseguía centrarme, no importaba lo mucho que lo intentase.

«Tu confusión procede de que para tí todo esto viene de tu mente. Tu concepto de sumisión no es nada más que eso, una realización mental. Por tanto, no es real. Tu corazón no comparte, no experimenta este concepto. Está escrito en el aire, en la arena, no en tu alma».

«Dígame entonces, ¿cómo es la experiencia de la forma de entender la sumisión a la que se refiere?».

«Tú probablemente no lo puedes aprehender. Es muchísimo más sutil que lo que puede percibir tu mente. Y tu corazón todavía está dormido. Incluso alguien que lleve veinte años en la Senda, puede que no alcance a asimilar ese significado. Y tú todavía no te has esforzado en dar ni un solo paso».

«Pero si todo viene de Él, el esfuerzo también debe venir de Él».

«Esto, una vez más, es solamente tu mente. Dices que todo viene de Él y profesas la Unicidad, pero realmente no captas la Unicidad con los ojos de la Unicidad mediante la intuición del corazón. La Unicidad que profesas es del ámbito del intelecto, no del de la experiencia. ¿Sabes lo que es la Voluntad de Dios? ¿Entiendes a Dios?».

«No».

«¿Cómo podrías hacerlo! ¿Cómo puede la copa aspirar a contener el océano? Aunque me dijeras todo sobre Él, Dios es mucho más que todo aquello que pueda abarcar nunca tu intelecto. Todo lo que Él hace es sin causa alguna. Él no acepta a la persona por su obediencia; ni la rechaza por su desobediencia. Sus vías son incomprensibles para la mente. Puede tomar a un vagabundo borracho y disoluto y convertirlo en un instante en el viajero más devoto, otorgándole experiencias y visiones que otros, con toda una vida en la senda, anhe-

lan, mientras que otros no reciben nada en toda su vida. Por todo ello, el que es sincero se esfuerza al máximo, incluso sabiendo que todo viene de Él, incluido este mismo esfuerzo, y da gracias por todo lo que sucede. A tí te falta esa humildad; tu intelecto no te lo permite».

«¿Cómo puedo alcanzar esta humildad?».

«La humildad no es algo que se alcance; se pierde el orgullo, y eso es posible solamente cuando “tú” no eres. Ahí reside el final del camino y el comienzo del viaje de vuelta a Dios».

«¿Y cómo da uno el primer paso en esta senda, el paso del que habló antes?».

Ignoró mi pregunta y, de detrás de una pila de libros, agarró un paquete.

«Toma, esto es para tí».

Por el envoltorio, supe que era la alfombra que le había dado el hombre al que había estado siguiendo. Después de tenderme la alfombra, se puso de pie.

«Ven, te acompaño a la salida».

Le seguí hasta la puerta que daba al patio. Allí, un anciano se nos acercó y cayó de rodillas delante del *pir*.

«¡Oh maestro!, hoy hace treinta años que estoy en este camino, guardando constantemente ayuno durante el día y rezando durante la noche sin dormir. Y a pesar de todo esto no hallo en mí ningún rastro de ese entendimiento de Dios que veo en usted. ¿Qué puedo hacer?».

«Aun cuando ayunaras y rezaras durante trescientos años, no realizarías nunca ni un ápice de este entendimiento».

«¿Por qué es así, maestro? Por favor, dígame. Debo saberlo».

«Porque te separa el velo de tu ego, que no has dejado atrás ni con tu ayuno ni con tus plegarias. De hecho, te sientes orgulloso de estos actos como si fueran tuyos; y por eso, tan sólo te impiden avanzar».

«¿Qué debo entonces hacer? ¿Cuál es el remedio?».

«Nunca serás capaz de aceptarlo».

«Sí lo haré, lo prometo. Dígame, para que pueda hacerlo».

«Muy bien, si insistes te lo voy a decir. Vete ahora mismo y afeitarte la barba y el pelo. Quitarte la ropa que llevas y en su lugar ata a tu cintura un paño de lana. Cuélgate del cuello una bolsa de nueces y vete al mercado. Réúne a todos los niños que puedas encontrar y diles: “Al que me dé una bofetada, le daré una de estas nueces”. Recorre toda la ciudad de esta guisa, especialmente donde te conozcan. Este es el remedio para tí».

«¡Alabado sea Dios! No hay más dios que Dios».

El *pir* movió su cabeza al oír esto. «Si un infiel hubiera pronunciado estas palabras, se hubiera convertido en creyente. Pero pronunciando las mismas palabras, tú te has convertido en un politeísta».

«¿Cómo es esto posible, maestro?».

«Porque usas estas palabras para proteger tu propia prepotencia, no para alabar a Dios. Te tienes por demasiado importante para hacer lo que te he dicho».

«Por favor, deme algún otro remedio. Debe haber algo más que yo pueda hacer».

«El remedio es el que he prescrito».

«No puedo hacer eso».

«¿No te dije que serías incapaz de aceptarlo?».

El hombre rompió en lágrimas al oír esto y salió corriendo del patio. El *pir* se volvió entonces hacia mí.

«Preguntabas cómo da uno el primer paso en este camino. Sólo hay un paso. Si una persona está destinada a dar este paso, no hay nada que pueda impedirselo. Pero si no lo está, no importa lo que se le diga o cuanto sepa; no sirve de nada, como acabas de ver».

«¿Cómo puedo saber cómo acabaré?».

«No puedes saberlo. Solamente Dios lo sabe. Lo único que merece la pena que sepas es que todo tu conocimiento no vale para nada».

Y dicho esto, se marchó.

